EL MUNDO EN QUE ENTRARON LOS CONQUISTADORES

POR

CARLOS ALONSO DEL REAL

Hace mucho tiempo que un gran investigador de la antigüedad clásica creyó que para entender bien a Grecia era necesario saber qué había en el ámbito de lo que fué la cultura helénica antes de que los antepasados del futuro pueblo griego comparecieran en aquel escenario. Así nació uno de los estudios de mayor importancia y fecundidad en el terreno de la ciencia histórica, cuyo título—sin pretensiones—era *El mundo en que entraron los griegos*. Para entender eso tan complicado que es Hispanoamérica, y simplemente América, no está de más tener presente, y a menudo no se tiene, cómo era el mundo en que entraron los conquistadores.

No se trata aquí de descubrir nada, pero sí de resumir, de modo muy esquemático, las condiciones generales de ese mundo; se entiende del mundo histórico, humano, no del paisaje natural. En el fondo se trata de decir algo—nada nuevo, repito, pero sí con una cierta articulación—sobre el inagotable tema del indio y de lo indio.

I

Racialmente, para empezar.

Resulta que había gente. No mucha; acaso el triple Continente, de Alaska al cabo de Hornos y sus islas, no tenía más población que Nueva York; en todo caso—aun admitiendo para el Tahuantinsuyu y Meso-América las mayores cifras posibles—, no más que tendrían hoy Nueva York y Buenos Aires juntos. Y además ésa «no mucha gente» no pertenecía a una misma raza, sino a unas diez (sí, diez) distintas, y esas diez (sí, diez) emparentadas en su forma actual—quiero decir actual al llegar los conquistadores—sobre todo, aunque no exclusivamente, con el gran tronco mongoloide, pero entre cuyos antepasados los había también de otros troncos, quizá (y no digo esto «porque sí», sino con muy buenos apoyos científicos que aquí sería pedante exponer) de todos o *casi* todos los otros troncos.

Estas razas menores se pueden reagrupar en cinco mayores, con

evidentes conexiones culturales y con una curiosa distribución geográfica de la que vale la pena decir algo:

1.º Los esquimales. En realidad, los conquistadores no tuvieron relación con ellos. El contacto fué primero con los vikingos y luego con los ingleses y franceses. Los mencionamos sólo—ya que América, las Américas, representa realmente una unidad—y no nos volveremos a ocupar más.

2.º Varias razas (o subrazas) parecidas entre sí y distintas del grupo anterior, con una repartición en dos grandes bloques, uno al norte—desde los bosques a las praderas y desde mar a mar—, en las zonas templado-frías de lo que hoy es Canadá y Estados Unidos. Y otras razas o subrazas parecidas en la zona templado-fría del sur—actual Argentina, Uruguay, Paraguay y parcialmente Chile.

3.º Una masa de gente que ocupaba, sobre todo, las zonas cálido-húmedas de selva y, parcialmente, sabana del continente sur y las islas del Caribe, con algunas prolongaciones hacia el norte y el sur.

4.º Los protagonistas de las altas culturas, desde Méjico al sur peru-boliviano actuales y de sus zonas intermedias y laterales, sea hacia el norte o hacia el sur.

5.º Aquí y allá, incrustados de alguna forma entre los anteriores y a veces marginados por ellos, varios grupos residuales de difícil clasificación.

Los hombres del grupo segundo presentan más bien afinidades «mongolo-europeoides»; los del tercero (parece un hecho, aunque las explicaciones sean varias y ninguna totalmente satisfactoria) pueden tenerlas «melanesoides». Los «protagonistas de las altas culturas» tienen rasgos—al tiempo— mongoloides y oceánicos—acéptese la voluntaria imprecisión de este último término. En cuanto a los «residuales», tenían conexiones, sea australoides sea paleo-europeoides (hay quien piensa que algunos pigmoides, pero es dudosísimo).

Parece seguro que antes habían existido australoides y paleo-europeoides—ya extinguidos en el momento de la conquista, pero de los que podían haber heredado algún rasgo los entonces vivientes, sobre todo los grupos segundo y quinto.

No tenemos cifras exactas, pero se puede suponer con gran verosimilitud que el grupo cuarto por sí solo sería mucho más numeroso que todos los demás juntos. Si ponemos—como «orden de magnitud», sin pretender mayor precisión—10.000.000 para to-

das las Américas, no sería injusto atribuir nueve de esos millones a la raza o grupo de razas en cuestión (los llamados por Imbelloni pueblos «ándidos» e «ístmidos», conjuntamente) y el millón restante a los otros.

Las zonas de Alta Cultura (o de Cultura Media emparentada con la Alta Cultura), pobladas sobre todo, por esos grupos raciales—sobre todo, pero no exclusivamente—, eran, sin duda, las que tenían mayor densidad de población, con mucho. La zona propiamente de la Alta Cultura del Tahuantinsuyu o Imperio Ineaico debía de encerrar más de la mitad de toda la población de las Américas aun (no de todo el Incario, sino sólo de la zona propiamente de Alta Cultura) acaso no cubriese ni siquiera un 6 por 100 de la totalidad de las Américas. Si pensamos en el conjunto del área cultural méjico-andina y vemos que cubre menos de la sexta parte del territorio panamericano y concentraba, casi con certeza, nueve décimas partes de la población, nos daremos mejor aún cuenta de la desproporción. Sin caer en fantasías indigenistas, cifrando por bajo lo precolombino y por alto lo actual, la población del Tahuantinsuyu sería algo así como un tercio de lo que es hoy la de sus «estados herederos» en cuanto tales, probablemente la de la actual Argentina no llegaría a ser entonces un 2 por 100 de lo que es ahora y la del actual Brasil ni un 1 por 100. En cuanto a la de Estados Unidos, puede que no llegase ni al 0,25 por 100. En cuanto al continente sur, el incario imperaba, como máximo, sobre una quinta parte del territorio, y encerraba, en cambio, cinco sextas partes de la población.

Téngase en cuenta el carácter inevitablemente tosco de estas referencias numéricas son más bien «órdenes de magnitud» y, aun así, groseramente calculados.

Las lenguas eran muchas y muy diversas. Tantas, que los lingüistas actuales aún no saben clasificarlas con seguridad y en los atlas aparecen espacios blancos indicando: «lenguas de filiación insegura». Recuérdese que pueblos de una indudable homogeneidad racial y cultural, como los mayas, hablaban, por lo menos, tres lenguas de cultura y una porción de dialectos, y algo así pasaba también en Méjico. Entre los indios al norte del Río Grande y —en el continente sur—entre los que vivían fuera de los lindes incaicos, el caos sería quizá mayor. Hay familias lingüísticas—como el grupo tupi-guaraní o el caribe-arahuaco—de vasta extensión territorial. Pero, en primer lugar, no hablados por mucha gente y, en segundo, «familias», no idiomas bien individualizados. No es

ningún azar que la terminología científica deba a la lingüística americana un enriquecimiento enorme, precisamente, en la designación de «mezclas», «amalgamas» y otras situaciones confusas en cuanto al lenguaje. La única lengua que parece haber alcanzado una gran difusión—el quechua o runasimi—la estaba adquiriendo por presión política en aquellos años (y la amplió luego por obra de los misioneros, que «quechuizaron» zonas de otras lenguas). El aymara, por ejemplo, pudo quizá haber tenido antes mayor extensión, pero el imperialismo cuzqueño de lengua quechua le estaba haciendo perder terreno, etc. Es posible, no obstante,, que el runasimi fuese hablado—al caer preso Atahualpa—por casi un tercio de toda la población amerindia y, por acaso, la mitad o más de la gente que habitaba el continente sur. Pero aventurarse a dar cifras en esta materia es mucho más arriesgado aún que el darlas en cuanto al número de habitantes.

II

¿Y la cultura material? Porque, naturalmente, los rusos exageran la importancia de esto, pero existe y es importante. No es lo mismo un pueblo que pesca a mano y caza con trampas de hoyo y reeolecta vegetales silvestres que otro que se alimenta con dietas científicas a partir de plantas hidropónicas y de síntesis de laboratorio. No es igual ir a pie, cruzando a nado o vadeando los ríos que recorrer el mundo en avión supersónico, ni combatir con «uñas y dientes» que con paracaídistas apoyados por artillería nuclear. Sin llegar a tanto, naturalmente, las diferencias en cultura material, técnica o ergología entre los amerindios precolombinos—inmediatamente precolombinos—eran grandes. De un modo voluntariamente esquemático y, por tanto, involuntariamente inexacto de puro resumido, podemos ordenar esto en cuatro niveles:

1.° Había pueblos de recolectores y cazadores muy elementales quizá con algo «prestado» de culturas más evolucionadas, pero cuyo nivel general se presentaba como una sobrevivencia de o, quizá, como una recaída en condiciones muy antiguas. Tanto lo que había—tipos de embarcación donde los hubiese, técnicas de caza y pesca, trabajo de la piedra, la madera u otra cosa, habitaciones, etcétera—como lo que no había—cerámica ni apenas cestería, cultivos o animales «domésticos», indica una cultura «primitiva» y pobre. No tanto como la de, pongamos, los más pobres de los tasma-

nios ni, acaso, pigmeos (aunque falta el arco, a menudo), pero, en todo caso, muy pobre. Repito que me ocupo de lo que había cuando llegaron los conquistadores. Lo anterior, por interesante que sea (por ejemplo, ese sorprendente arte rupestre patagónico que el sumo maestro Menghin ha venido a descubrir en su gloriosa vejez), no tiene por qué ser tratado aquí.

Es curioso comprobar cómo la geografía de estos grupos—zonas marginales de la costa Pacífica o del extremo sur, algunas regiones muy mal comunicadas en el macizo brasileño, ciertas islas lacustres o marítimas—y hasta su misma composición racial y lingüística se «recubren» (son prácticamente los mismos) con el número 5.° de nuestra ultrabreve ordenación racial.

2.° Existían también, y con mayor volumen, gentes que cazaban y pescaban con técnicas más complicadas y tenían—a veces muy rudimentario, pero, en fin, algo había—algún inicio de cultivo y aun, muy reducido, de domesticación de animales—dejo fuera, de momento, los comienzos de la ganadería—; en determinadas artes industriales se alcanzaba un grado de perfección notable (cuero, hueso, ciertas formas de cestería, etc.) y, en general, resultaban éstas en una situación de progreso evidente respecto a las anteriores, sin alcanzar, con todo, un horizonte propiamente agrícola, ni mucho menos metalúrgico.

Es interesante comprobar que este tipo cultural coincide—en líneas generales, si bien no de modo absoluto—con el grupo racial segundo. En algunos puntos, con elementos del tercero.

3.° Formas elementales de agricultura, alguna cría de animales menores (así, aves), mayor perfección en ciertas técnicas—cestería, calabazas, cerámica aquí ya plenamente «normal»—, juntos aún con los rasgos anteriores, al menos en parte. Este tipo de cultura—con algunas especializaciones curiosas, como la cerbatana—predomina, sobre todo, en poblaciones del tipo racial que lleva el número 3.° de la clasificación anterior y, en general, con los que hablaban lenguas del tronco tupi-guaraní (algunos de ellos, sin embargo, pertenecientes al nivel cultural segundo) y, sobre todo, al caribe-arahuaco.

4.° En las culturas altas y en las formas de cultura media relacionadas con ellas hay, a su vez, que distinguir en cuanto a ergología varios niveles, por lo menos cuatro:

a) Las altas culturas propiamente dichas: Méjico y la inmediata zona «maya» (dése a esto el más amplio sentido) y la tierra dominada por el «estado universal» andino, el Tahuantinsuyu o in-

cario. Suponemos esto bastante conocido para no tener que insistir ni sobre los rasgos comunes y positivos (cerámica, tejidos, arte plumaria, metalurgia, trabajo en piedra, técnica del cultivo, animales menores, etc.) ni sobre los diferenciales (por ejemplo, ganado mayor en el Incario y no en Meso-América); ni sobre las curiosas deficiencias (falta de ruedas, de carros y arados, de navegación de altura, con perdón de Kon-Tiki, etc.). Puede ser que los «balseros» del Titicaca y de la costa procedan del horizonte segundo o tercero.

b) En el extremo norte del área los indios Pueblos, con todo el complejo de elementos que parece pertenecer al lado «agrícola-matriarcal» visible en Méjico. Pero, en cambio, los rasgos más específicos de alta cultura (así, el metal) faltan o casi faltan y hay una curiosa especialización en cuanto a edificios.

c) Articulando la zona meso-americana con la propiamente andina o peruana (Tahuantinsuyu, Incario) están las culturas del Istmo y de la actual Colombia—incluso sus ramificaciones venezolanas, recubriéndose en parte con áreas de tipo caribe-arahuaco—, así como, difundiendo lo andino hacia el nordeste por el Amazonas, hay una serie de formas, en general, más pobres e incluso en ciertos aspectos *mucho* más pobres (así en edificación y cultivo), pero con especializaciones a veces muy valiosas (metalurgia del oro en la actual Colombia, cerámicas amazónicas, etc.).

d) En el extremo sur, los diaguitas y otros parecen ser un injerto de alta cultura (metal, cerámica, etc.) sobre un fondo en sí y por sí más próximo al nivel segundo.

Estas varias formas son, en general, llevadas por pueblos del nivel racial cuarto («pueblo-ándido» e «ístmido») y algunos del segundo (extremo sur) y tercero (prolongaciones amazónicas y venezolanas, en parte, actual Colombia). Lingüísticamente están dentro todos los de lengua quechua y aymara y el complejo lingüístico meso-americano y mejicano y otros de clasificación difícil y, en las prolongaciones y ramificaciones, tupi-guaraní o, sobre todo, caribe-arahuaco.

Geográficamente—como puede comprenderse por lo que venimos diciendo—las altas culturas forman un bloque en posición central, con dos cimas, una al norte de Centro-América y centro-sur de Méjico, otra en Perú-Bolivia, y zonas intermedias y ramificaciones laterales, como se ha indicado. Estas altas culturas están flanqueadas al norte y sur por pueblos del segundo nive cultural y racial y al este (zona amazónica y costas e islas Caribes) por los

del tercero. Aquí y allá, así los uru en pleno incario, gentes marginales del quinto grupo racial y primero cultural.

En cuanto a repartición numérica, véase lo dicho al final del apartado I.

III

En cuanto a sociología (1), podemos utilizar el mismo esquema de las formas de cultura material, sin necesidad de repetir lo dicho sobre geografía y raza, ni menos lo poco que hemos indicado sobre lenguas.

1.º Los pueblos de cultura material más baja, esencialmente y a reserva de infiltraciones de los de formas más complicadas, tienden a lo que llama LOWIE—decisiva opinión en esto—«sociedades sin autoridad» o solamente con mandos «informales» y «ocasionales». Por lo común, pacíficos y con pequeña familia. Naturalmente, sin «clases» (a lo sumo, con un inicio de «clases de edad», etc.). En suma, un tipo de sociedad que parece ser el que «corresponde» a su cultura material.

2.º Las organizaciones sociales de los pueblos del segundo nivel son, por el contrario, muy variadas y complicadas: hermandades guerreras, clases de edad o de riqueza (en algunos lugares, como los Haida, Tlingit, Kuatiutl, Bella Cula del noroeste, verdaderas aristocracias) «totemismo social», «sectas», amistad como institución. Y ello dentro, a veces, de más amplias estructuras (tribales o intertribales) y sobre una familia muy variada (patrilineal o matrilineal, según los casos).

En general, las estructuras sociales de los pueblos de este nivel, situados en la zona templado-fría septentrional, al norte de Méjico, parecen haber sido más ricas y complicadas que las del área templado-fría del sur. Acaso esta apariencia se explique simplemente porque las conocemos mejor. Por otra parte, relaciones (no sólo influencias *de*, sino relaciones, *con*) con las formas sociales de alta cultura mejicana son visibles en algunas agrupaciones indígenas del sur de la zona norte, y, naturalmente, las hay con lo incaico en el norte de la zona meridional. Rasgo común a todos estos pueblos es una fuerte belicosidad. Los indios de las praderas en el

(1) Las ideas centrales de este apartado se hallarán más y mejor expuestas en mi libro *Sociología pre y protohistórica*, que publica el Instituto de Estudios Políticos.

norte y los araucanos y los indios de las pampas en el sur son buen ejemplo de ello.

3.° En el horizonte de los pueblos de lengua tupi-guaraní y caribe-arahuaca, de tipo racial «melanesoide» y de cultura «proto-agrícola», los habitantes del área amazónica y sus extensiones hacia el sur y norte de las islas y tierra firme del Caribe, es decir, del grupo racial y cultural tercero, se nos presentan como muy próximos a los del grupo anterior. Alguna mayor «crueldad» (más canibalismo y caza de cabezas, por ejemplo). Alguna mayor importancia de entidades locales y territoriales, ya impuestas por el desarrollo del cultivo, ya por la geografía (así, en ciertas islas), más elementos matriarcales, etc. Pero también complicación y belicosidad. Relaciones con lo meso-americano son a veces visibles, en el área Caribe. Y con lo andino, en el Amazonas. No faltan contactos y formas mixtas entre estos pueblos y los del nivel anterior, sobre todo en el sur (guaranís), pero también en el norte (algunas gentes del sur-sureste de los actuales Estados Unidos). Ciertas costumbres, como la caza de cabezas y el juego de pelota, parecen haberse desarrollado a partir de este núcleo, y pasan de ahí a los demás (parece seguro en cuanto al juego de pelota, pero mucho más problemático en lo otro).

4.° Nos enfrentamos ahora con el tema de la sociología de las altas culturas amerindias y de sus formas laterales e intermedias. Tan difícil y complicado asunto tiene tanto mayor interés cuanto que hoy mismo, de la tradición comunitaria de estas culturas, parecen brotar algunas de las más válidas respuestas a los apremiantes problemas socio-económicos y aun políticos de los «Estados herederos». Por otra parte, mientras una de estas altas culturas, la incaica *sensu stricti*, ha sido objeto de magistrales estudios sociográficos de carácter total, como los de BAUDIN y KARSTEN, *las* otras lo han sido de modo o más parcial o más superficial. Los altos logros de la cultura espiritual maya y las creencias religiosas, formas de arte, etc. mejicanas han sido mejor estudiadas que su sociología (salvo algunos aspectos parciales de esta última, muy bien estudiados). Los espléndidos trabajos de TRIMBORN iluminan muy bien el organismo señorial del Valle de Cauca, pero dejan fuera otras zonas de no menor interés. Los Pueblos, muy bien estudiados en su aspecto espiritual y en su orientación general como vivientes actuales, lo han sido menos en su estructura social precolombina, etc.

En conjunto, y siguiendo la misma distribución anterior—que aquí habría que matizar más, podemos decir lo siguiente:

a) La forma mejicana—en sentido amplio y no sólo «azteca»—se nos presenta como el entrecruzamiento o superposición de una estructura de confederaciones tribales guerreras con doble jefatura y una cultura urbano-sacerdotal sobre un fondo de comunidades de plantadores («calpulli») no exentas, éstas ni aquéllas, de tradiciones de totemismo social y de matriarcado. La hegemonía de una de estas ligas o confederaciones («naciones» de los cronistas) sobre otras parecía apuntar a la formación de estructuras territoriales más amplias de tipo «reino» o quizá «imperio» (proceso «antes de tiempo y casi en flor cortado» por la espada del conquistador).

a') Los mayas vivían en un ambiente de «estados-ciudades» de tipo sacerdotal y oligárquico, sobre el consabido fondo de plantadores comunitarios no libres de tradiciones anteriores, sean éstas totémicas o matriarcales. El componente viril-guerrero, andriarcal, parece mucho más borroso.

a'') El Tahuantinsuyu era un «imperio mundial» de morfología oriental antigua (digo «morfología», no hablo de «genealogía»). La solarización del culto y al tiempo la noción de ecumenicidad del imperio son claros. Tahuantin-suyu-capaj, el que resplandece sobre las cuatro tierras (es decir, sobre todo el mundo); Intipchuri, el hijo del Sol; Sapán-inca, el único señor, etc., son denominaciones bien expresivas. Un «estado totalitario» como ha dicho con razón KARSTEN—es curioso observar los rasgos involuntariamente incaicos de la URSS en fase estaliniana o de la negra utopía de OWELL «1948»—, templado por las tradiciones, más antiguas, democrático-comunitarias, parcialmente totémico-sociales, del ayllu y por la indudable elevación moral y religiosa del pensamiento hamaútico. Tiene interés que fenómenos tales como imperialismo y religión solar plena se den sólo allí, precisamente en la única zona amerindia donde había ganado mayor.

b) Los Pueblos tenían y tienen una estructura muy equilibrada de tipo gran aldea, moderadamente democrática, moderadamente geronto y hierocrática un tanto matriarcal, con algo así (pero también muy templado, *ne quid nimis*) como «sociedades secretas» —poco secretas, es la verdad—, etc. Con razón los señalaba Ruth BENEDICT como un tipo de cultura «apolínea». En general, pacíficos. Con el tiempo, este pacifismo ha llegado a extremos muy cu-

riosos; así, sus habilísimas maniobras para eludir el servicio militar en la segunda guerra mundial.

c) Por el contrario, las zonas intermedias y las ramificaciones—ejemplificadas en las culturas señoriales de la actual Colombia—han radicalizado (o quizá conservado en formas más crudas y anteriores) los caracteres más duros de una estructura «superpuesta» (Überschichtung, Überlagerung de los sociólogos alemanes) de guerreros conquistadores— en parte de un tipo análogo a los del horizonte caribe—sobre cultivadores neolíticos. La sacerdotalización y la belicosidad son extremas, no faltan rasgos de crueldad y, en general, no se alcanza el nivel de socialización «tecnificada», «planificada», del incario. Pero, en esto como en todo, se hallan en una forma deficiente del mismo horizonte.

d) Las prolongaciones del este-nordeste del extremo sur parecen, en general, responder a las formas sociales segunda y tercera, con algunos—pocos y a veces muy deformados—componentes (casi caricaturizados, como ciertas jefaturas ceremoniales) de lo incaico.

IV

En cuanto a la cultura espiritual, seguiremos la misma clasificación:

1.° Los indios más «primitivos» tenían y tienen una idea de «Ser supremo»—a veces muy confusa y desdibujada, a veces no—y una mitología y folklore en torno a su efectivo paisaje natural y a su vida. Sus mitos más complicados—a veces muy ingeniosos—y una literatura oral que sabía distinguir bien de los mitos. Si sus manipulaciones mágicas y rasgos de totemismo cultural, religioso, etcétera, son «originales» o contagio de pueblos de cultura más complicada, incluso, quizá, por ejemplo, de los de la alta cultura, es cosa difícil y que aquí no hay tiempo ni espacio para discutir. El arte—en el momento de la conquista; repito que no interesa lo de antes—muy pobre, casi nulo.

2.° Muy distinto el panorama de la cultura espiritual del segundo horizonte. Rica poesía oral de varios tipos, desde la cosmología mítica más alta a la más emotiva canción de cuna. Religiones complicadas, sobre todo en el registro «totémico» (no olvidar que la palabra «totem» viene de esos pueblos). Nociones sea de Ser Supremo sea de *quid divinum* impersonal de indudable elevación. El arte, si bien reducido a ciertas formas, como la deco-

ración de armas y trajes, no carente de belleza. Música, al menos oral, y danzas interesantísimas, etc. Faltan, es cierto, muchas cosas. Calendarios y sistemas numerales son más bien toscos. No hay escritura. Pocos instrumentos musicales. En algunos lugares la magia y hasta el chamanismo derivan a la charlatanería, etc. Pero, en conjunto, dentro de un nivel «totémico», puramente etnográfico, la vida espiritual es rica y valiosa.

3.º Lo mismo podemos decir del tercer horizonte. El estilo es muy distinto: una mayor intensidad y crudeza en lo mágico, cierta «crueldad» (en la línea de la religión naturista «degenerada» de que luego hablaremos), una curiosa plástica en tierra y otras materias, etc., cuyo sentido se nos escapa y que a veces es, sin duda, muy tosca. Pero, en conjunto, tampoco nada despreciable.

4.º Al entrar en el horizonte de las altas culturas tenemos que distinguir de nuevo, ahora según líneas algo diferentes de las que hemos indicado al tratar de la ergología y la sociología:

a) Meso-América (Méjico, en sentido extenso, y «Mayas», también en sentido extenso). Sobre su religión, en estas mismas páginas hace ya tiempo (2) que ALVAREZ DE MIRANDA trazó de una manera magistral los caracteres más profundos de su religiosidad. Resumimos las ideas de este querido amigo y colega de modo ultrataquigráfico, diciendo que se trata de religiones de tipo politeísta-naturista, en parte degenerativas (como dice LEVY), en parte sublimadas (como insiste ALVAREZ DE MIRANDA) a partir de las experiencias cruciales del dolor y de la muerte. Pero en torno a y en relación con estas religiones florecen un arte espléndido, una «sabiduría» profunda y una literatura muy rica. Es vergonzoso que de lo que llamamos «cultura general» de un estudiante universitario español forme parte, por ejemplo, el nombre de tal o cual comediógrafo francés de segunda fila y obras como el *Popol-Vuj* no sean mencionadas en nuestra enseñanza. No olvidemos que estos pueblos tuvieron escritura, calendarios complicados y, en el caso de los mayas, sistema numeral decimal con signo cero.

a') El Incario tuvo una religión «sincretista», un «panteón de conquistadores» centrado en torno al hecho imperial de la solarización. La frase retórico-renacentista del inca GARCILASO, cuando comparaba a Cuzco con «otra Roma», tiene pleno sentido. Se halla, trabada con esta religiosidad, una «sabiduría» muy interesante, que llamamos «hamaútica» (del runasimi «hamauta», sabio o filó-

(2) A. ALVAREZ DE MIRANDA. *Carácter de las religiones de Méjico y Centroamérica.* CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 65, mayo 1955.

sofo; los cronistas dicen «filósofo»), y que IMBELLONI y su discípulo NADAL llaman—por razones largas de explicar—«templaria». Es una especie de pensamiento prefilosófico, en parte común y en parte no, con el de Meso-américa, que presenta rasgos (noción de espacio-tiempo-pueblo como sujeto de la historia, por ejemplo) comparables a la más valiosa sapiencia prefilosófica griega y asiánica o asirio-babilonia, egipcia, etc. El arte es bien conocido. Desgraciadamente, no había escritura—los quipos son otra cosa—o, si la había, se perdió sin dejar huellas. Hoy mismo, rasgos del pensamiento en cuestión han sido reutilizados por peruanos o bolivianos inteligentes, como Luis Alberto SÁNCHEZ y Fernando DÍEZ DE MEDINA, y un amigo nuestro, el boliviano CALVIMONTES, ha demostrado la posibilidad de traducir a TOYNBEE y a ORTEGA al runasimi.

b) La belleza de la cultura espiritual de los Pueblos ha sido tan bien percibida y expresada por Ruth BENEDICT y el libro en que lo hace es de tan fácil acceso al lector español o hispanoamericano (3), que no hay que insistir más. Pero en esta «cultura apolínea» faltan muchas cosas buenas y malas de la Alta Cultura más próxima y «emparentada» (Méjico), tantas que nos quedamos, como siempre, sin saber si es una derivación empobrecida o una forma previa, petrificada, de lo meso-americano, y, por otra parte, hasta qué punto es deudor o acreedor este grupo humano en relación con los indios del segundo horizonte cultural.

c) Conocemos menos la cultura espiritual de las zonas intermedias; en general, nos dan en esto una impresión de mayor rudeza, análoga a lo que observamos en lo social, pero también de un indudable parentesco.

d) La misma observación en las ramificaciones y prolongaciones y su irradiación en las zonas colindantes; así, lo que METRAUX cuenta sobre creencias de indios del Chaco se nos aparece como evidentemente emparentado con la cultura espiritual del Incario, etcétera.

V

¿En qué momento de su historia encontraron los conquistadores a los indios? El problema, claro está, es difícil y, por de pronto, no es posible que tal pregunta necesite ni tolere una respuesta unitaria.

---

(3) RUTH BENEDICT: *El hombre y la Cultura*, Buenos Aires, 1944.

Aun a sabiendas de lo casi imposible de responder—la Historia es, como decía muy bien el gran HUIZINGA, «ciencia inexacta»—y, sobre todo, de los pavorosos problemas de todas clases que hay bajo estas preguntas y respuestas, trataré de dar un anticipo de conato de respuesta provisional y archi-hipotética a tan ásperas cuestiones. Seguiré el mismo orden anterior:

1.° Los pueblos del más bajo nivel cultural (grupo racial quinto, cultural primero) parecen ser—ya en el momento de la conquista—meros residuos sin gran valor, e incluso—esto es visible en los patagones no araucanizados o en los urus—pueblos «en fuga», decadentes y deculturados.

2.° Los del horizonte siguiente (segundo racial y cultural) se hallaban, por el contrario, en pleno vigor. La energía y destreza con que adaptaron el caballo, la agresividad que, por ejemplo, demostraron—más a partir del contacto con los conquistadores que antes—los indios de las praderas en relación con los Pueblos o los araucanos en cuanto a los patagones, el posterior desarrollo del arte en los indios del noroeste (los «postes totémicos» son cosa muy moderna) y tantos otros hechos, lo indican.

3.° Los siguientes (tercer horizonte racial y cultural) demostraron dos cosas distintas y aun contradictorias. Donde se hallaban más «puros» (Antillas, Amazonia) o quedaron rápidamente extinguidos o huyeron—lo primero en las Antillas, lo segundo en la Amazonia—, donde, en cambio, estaban mezclados con elementos sea de irradiación de una Cultura Alta o Media, sea del segundo horizonte o bien con las dos cosas, aguantaron mucho mejor. De todos modos no tan bien ni con respuestas tan creadoras como los del segundo. Esto parece indicar que no se hallaban en tan buen estado de salud histórica.

4.° En cuanto a las altas culturas y formas conexas:

a) Méjico estaba, al parecer, en un período neo-formativo o reconstructor; salía de una especie de Edad Media. Una reserva «bárbara»—sustancialmente del horizonte que llamamos segundo—había «heredado» una Alta Cultura anterior y originado una «Edad Media» se acababa de salir de ella.

a') La zona maya—en sentido amplio—parecía hallarse en una fase de decadencia final, de plena degeneración, algo así como el Egipto de las últimas dinastías o la Grecia que conquistaron los romanos.

a'') Tahuantinsuyu se hallaba en pleno esplendor. La terrible guerra civil Huascar-Atahualpa «equivalía» (si estas espenglerías

tuviesen algún sentido), a lo sumo, al «año de los tres emperadores» en Roma, si no, simplemente, a una lucha, aún, de período ascensional. Nada comparable ni al puro recién salir de «tinieblas» de Méjico (el número de años absolutos no interesa; hay ritmos desiguales) ni al anochecer último de los mayas. Cuzco había estado en una situación parecida a la que entonces tenía Méjico, pero esto había sido cien años antes (guerra Chanca, «crisis del 1435», según IMBELLONI); en suma, el conjunto de sucesos que la tradición hamaútica había recogido en la saga de Pachacuti IX, probablemente Inca Yupanki en la realidad.

b) Un problema curioso se nos presenta en cuanto a los Pueblos. ¿Eran una forma anterior—petrificada, rezagada en un área lateral—de la grandiosa cultura mejicana? ¿O eran una tardía degeneración de las formas previas, pre-aztecas de ésta? No lo sabemos.

c) Lo mismo en cuanto a las culturas señoriales de Colombia en relación con el Incario. No, en cambio, en las formas laterales venezolanas, mera derivación, parece, de las colombianas.

d) De momento, las otras «marcas» de la cultura incaica nos parecen una combinación de tradiciones en sí y por sí más «primitivas» (estilísticamente; no entro ni salgo en si también cronológicamente») y de irradiaciones tardías del incario.

VI

En conjunto, el mundo en que entraron los conquistadores era ya muy complicado y su complicación es uno de los factores (el indio y lo indio) que contribuyeron a hacer a América la complicadísima realidad que ahora es.

Carlos Alonso del Real y Ramos.
Avda. de Coimbra.
SANTIAGO DE COMPOSTELA (España).